

Yo fuí amigo de Hitler

Heinrich Hoffmann

Fotógrafo personal de Hitler



La figura que representó los más dramáticos destinos de Alemania durante un periodo crucial de la historia del mundo ha sido descrita desde muchos puntos de vista por amigos y adversarios. Pero ninguno de los libros que sobre Hitler se han publicado posee el valor humano del que le ha dedicado Heinrich Hoffmann, su fotógrafo oficial y uno de sus más íntimos amigos.

Ante nosotros aparece en este libro no sólo el Führer del pueblo alemán, el conductor de multitudes, el fanático de un sistema político férreo e implacable, el hombre que llevó a su patria a la cumbre de su poderío material para arrojarla luego al abismo de la derrota, sino Adolfo Hitler, el hombre, con sus fracasos juveniles, sus inquietudes artísticas, sus aventuras femeninas, sus diversiones y sus cóleras.

Publicado a la vez en varios idiomas, el libro de Hoffmann ha logrado en el mundo un éxito auténticamente sensacional.

Capítulo I. LAS PRIMICIAS DE UNA PROFESIÓN

Heinrich Hoffmann, fotógrafo de Hitler: bonito título para consignar en las tarjetas de visita.

La presentación está hecha: ese fotógrafo soy yo. Fotógrafo lo soy desde siempre; y los domingos, un maniático del lápiz y del pincel. Mi padre era fotógrafo, hice mi aprendizaje en su estudio, bien instalado, al que acudí a «posar» todo cuanto existía de famoso en calidad de reyes y de príncipes, de artistas, de cantantes, de políticos.

Adolfo Hitler fue una de esas «estrellas» de la actualidad.

Todo hubiera podido quedar reducido a unos segundos ante la cámara: «Levante la cabeza, sonría, no se mueva ya»; pero he aquí que de ese contacto surgió entre él y yo una amistad que nada tiene que ver con la política (de la cual lo ignoraba yo todo y que no me importaba en absoluto), aunque se originó, como se decía antes en electricidad, de la atracción de los polos opuestos; él concentrado por completo en sus ideas, austero, no fumador; yo, un alegre vividor, bohemio a ratos. Debía yo servirle para descansar de sí mismo. Y teníamos en común dos caracteres impulsivos, apasionados por el arte.

Una amistad la explica uno como puede, generalmente muy mal.

Lo realmente cierto en la amistad Hitler-Hoffmann es que permaneció incólume en el curso de los años caóticos que hemos vivido, y aunque Adolfo Hitler no fuera ya la «estrella» política que venía a posar ante la cámara, sino el personaje central de la historia del mundo.

No sigamos una pista falsa; Heinrich Hoffmann y Hitler, Führer y Canciller del Tercer Reich, ni la menor relación tenían (o muy poca). Pero Adolfo Hitler fue mi amigo, desde el día de nuestro primer encuentro hasta su muerte. Y yo también fui su amigo.

En 1897 entré como aprendiz en el negocio de la familia. Encima del estudio que compartían mi padre y mi tío, en la Jesuitenplatz de Regensburg, colgaba una especie de escudo, pomposo y llamativo:

Heinrich Hoffmann Fotógrafo de la Corte De S.M. el Rey de Baviera De S.A.R. el Gran Duque de Hesse De S.A.R. el Duque Tomás de Genova, Príncipe de Saboya

Había costado un dineral obtener la autorización del Maestre de Ceremonias para aquel escudo. Pese a lo cual mi padre y mi tío sentíanse hinchados de orgullo por haber, no comprado, sino ganado esos títulos. ¡Cuestión de matiz! Habían fotografiado realmente a varios miembros de la familia real de Wittelsbach, al Gran Duque de Hesse y del Rin, al Duque de Génova y a toda una retahíla de príncipes. Fueron recompensados principescamente: un alfiler de corbata, de oro, avalorado por una gran L de brillantes, les fue regalado por Luitpold de Baviera, Príncipe regente. Un alfiler, aunque ellos eran dos. El domingo era el día consagrado a Dios, y entre mi padre y mi tío se entablaba una disputa de ritual a propósito de quién luciría el alfiler de corbata.

Comencé a aprender el arte fotográfico limpiando el polvo de todos los enseres del estudio. Ponía yo un cuida-

do especial en los respaldos y brazos que en aquella época reforzaban la actitud escogida por el cliente. La cabeza, apresada entre dos ganchos invisibles al objetivo, se mantenía inmóvil para aquella larga «pose»: «uno... dos... y tres» que encendía en la mirada de los personajes de este mundo un inimitable resplandor bovino. Libertado de la ganga de aquel reposacabeza, la víctima se desentumecía, se desprendía de una tortícolis iniciada, los músculos faciales readquirían su soltura. ¡Demasiado tarde!, La obra maestra estaba ya en la cámara.

Tenía yo que cuidar también de los decorados. Los deportistas que no habían tenido ocasión de ejercitar sus aficiones en la vida se colocaban gustosos en la cubierta de un barco, cuyas velas se cubrían de polvo a diario. Uno de los trucos de un despreciable rendimiento artístico era un huevo gigantesco del que salían los bebés desnudos. A mí me correspondía quitar el polvo de aquel artefacto, a los artistas galardonados (mi padre y mi tío) la salida del bebé una vez empollado.

El decorado de nuestro estudio era de estilo Makart. Las copias de sus ramilletes, que esparcían sobre nuestras paredes un aluvión de ornamentos, sus ánforas de estuco dorado, sus marcos recargados, eran deliciosos nidos de polvo.

Hans Makart había logrado cierta fama en Viena con un enorme lienzo, «La entrada de Carlos V en Amberes». ¡Y qué fama! Entre las hetairas desnudas, los maridos de la alta sociedad vienesa reconocieron o creyeron reconocer a sus esposas. Lo cual trajo como consecuencia divorcios, crímenes y suicidios. Para Hans Makart fue la campanada de la gloria.

Odiábale yo con un odio de aprendiz, por todo el polvo que producían sus inventos, polvo que se adhería a mis paños. No sabía que mi futuro amigo Adolfo Hitler aconsejaría en su día a los vendedores de cuadros de Múnich

que recuperasen todos los Makart que pudieran descubrir con objeto de enriquecer el Museo de Linz.

Un domingo por la tarde, iba yo a cerrar el estudio (otra tarea que me incumbía), cuando un hombre me empujó para entrar.

—¡Quiero que me retraten! —declaró brutalmente.

Puse una cara apenada, de circunstancias: se habían marchado los fotógrafos.

—Bueno, pero está usted —gritó más fuerte aún—. ¡Hágalo usted!

Le aseguré que no sabía. Pero se mostraba amenazador, terrible. Temblaba yo (la valentía no era virtud que yo poseyese). No podía garantizar una buena foto, le advertí. Pero, sin escucharme, entró en el cuarto tocador y sacó de su maleta un traje nuevo. Metió en su lugar el viejo. Y luego aquel cliente intempestivo se colocó ante el aparato con el encanto y la naturalidad de una estatua conmemorativa.

—Ahora sonría usted con gesto amable, por favor.

Desaparecí bajo el negro paño, regulé el aparato y con el corazón palpitante, me lancé a la aventura de mi primera fotografía artística.

Una vez terminada la «pose» aquel cliente violento se marchó con la misma brusquedad con que había venido, dejando allí su maleta («Vendré a buscarla después, cuando recoja las fotos»).

Y no volvió nunca.

Hubiese yo creído que era una pesadilla si no me hubiera quedado como prueba de aquella aventura una foto, excelente además.

Otro testimonio: la maleta que nos dejó y que contenía el traje viejo y —¡gran descubrimiento!— una bolsa llena de monedas de oro y una escopeta de aire comprimido. In-

tervino la policía, pues, según parece, el oro y la maleta pertenecían a una aldeana que había sido asesinada en los alrededores de Regensburg. Más adelante se averiguó que el asesino había atraído a su víctima fuera de su casa imitando el cacareo de las gallinas asustadas. ¡Y era yo quien había fotografiado al asesino! Foto sensacional que iba a ser fijada en todos los puestos de policía. Pero ¿por qué había venido a retratarse el asesino? Aquella novela policíaca que marcó el comienzo de mi carrera, debía quedar sin terminar.

Pese a tal triunfo, permanecí consagrado al polvo del estudio hasta 1900, y al negocio familiar hasta mi mayoría de edad. El tiempo me parecía larguísimo. A los dieciséis años conseguí ponerme a trabajar con Hugo Thiele, fotógrafo de la corte para el Gran Duque, en Darmstadt. Era yo, por tanto, fotógrafo ayudante de los miembros de la familia del Gran Duque, lo cual me prestaba realce. No veía ya mi porvenir limitado a los cuatro rincones recargados de adornos del estudio al estilo Makart.

En aquella época se abrió en Mathildenhoehe «La Sociedad de Artistas», fundada por el Gran Duque. ¿No les dice esto nada? Fué, sin embargo, el gran barrido dado a los monstruosos ornatos de las mansiones señoriales. Se acabaron el estilo ampuloso, los hallazgos de mal gusto romántico-simbólico que atestaban los laboratorios y esa hinchazón del cuerpo humano que se traduce por este lindo vocablo (estilo fotográfico): la «pose». Weimar de Darmstadt descubría que la naturaleza debía ser natural, que las personas poseían un ambiente, un «clima» en el que eran ellas mismas. Iba a fotografiarlas en sus casas, en el amado hogar, y nuestro espantoso barco de vela y nuestro huevo gigantesco tuvieron sus días contados.

Una pequeña explicación sobre aquella corte ducal es indispensable. Gracias a los lazos familiares que la unían con todas las casas principescas más poderosas de Europa, gozaba de influencias que no guardaban proporción

con la extensión de su Estado. Fotografíé a las tres hermanas del Duque reinante, Ernst Ludwig. Una se había casado con el príncipe Enrique de Prusia; la segunda con un miembro de la familia real rusa; y la tercera, la princesa Victoria Isabel, era la esposa del Príncipe Luis de Battenberg, que llegó a ser más adelante el Marqués de Milford Haven.

Las grandes damas de Rusia tenían expresiones, ni afectadas ni ordenadas por el fotógrafo, de trágica melancolía. La Zarina era tímida y como lejana, con un furtivo relámpago de gozo sólo cuando la tarea de la toma de vistas había terminado. Su hermana, la Princesa Sergei, era mucho más bonita, graciosa y natural. Supe que después de morir su marido, asesinado, fue a visitar al asesino a su celda de Moscú y, con una paciencia divina, intentó averiguar los móviles del crimen. Y finalmente, ángel de misericordia, le perdonó.

No puede decirse que la familia del Gran Duque representase un grupo de clientes fáciles. El menor retraso, la menor vacilación técnica daban origen a una reprimenda o a una llamada al orden. Había que actuar de prisa y, no bien estaban revelados los clisés, sufrir el asalto de las preguntas: ¿Era de buena calidad la foto? ¿Eran satisfactorias la «pose» y la expresión? Y luego, esto y lo otro.

Habían preparado una cámara oscura en palacio. En caso de fracaso (desde el punto de vista ducal), la foto era repetida rápidamente. El revelado formaba parte de mi trabajo.

Un día, en que, con ocasión de una visita de la princesa Sergei, me dirigía presuroso hacia la cámara oscura, un desconocido me preguntó si podía entrar conmigo, pues le interesaba el revelado de cierto clisé.

Me divertía enseñar a aquel aficionado y le invité a acompañarme. Mientras yo trabajaba (me fié de su cara que era la de un personaje distinguido) le pregunté si podría ayudarme a ver al Gran Duque.

–Nuestro estudio familiar –le expliqué– se honra con el título «Heinrich Hoffmann, fotógrafo de corte del Gran Duque Ludwig de Hesse y del Rhin». Pero el azar hace mal las cosas: he ido con bastante frecuencia a palacio y no he visto jamás al Gran Duque.

Aparecía en el clisé una adorable princesa Sergei, lo cual me animó.

–Añada usted que soy en realidad súbdito del Gran Duque: mi padre nació en Darmstadt y sirvió en los Dragones Blancos.

Al resplandor de la luz roja, vi la sonrisa de mi visitante.

–Creo que eso podría arreglarse –me dijo.

Al salir de la cámara obscura me dio las gracias y me puso en la mano una buena propina. Sentíame muy satisfecho, aunque también intrigado, y cuando se hubo marchado pregunté a un criado quién era aquel señor:

–El Gran Duque –me contestó.

La emoción debió de darme un aire pasmado, mientras contemplaba, en la palma de mi mano, el «thaler», con su efigie, que me había dado.

Veinte años después, acompañé a Hitler al Festival de Bayreuth. Vagábamos por el Ermitage cuando nos encontramos de frente con el Gran Duque. ¡Qué ocasión para un fotógrafo mientras se saludaban cordialmente, sin parecer acordarse de mí! Cuando el Gran Duque se hubo separado de nosotros, Hitler me dijo:

–Si todos los monarcas alemanes se hubieran comportado como el Gran Duque de Hesse, no habría habido destronamientos.

Quería yo multiplicar mis experiencias, no convertirme en un mueble del Gran Ducado, por honroso que esto fuese. En 1901 tuve la oportunidad de marchar a Heidelberg, a trabajar con Langbein, fotógrafo de la Universidad.

Langbein se había dedicado a una especialidad nada corriente: fotografiaba los *mensur*, que son los famosos duelos a espada entre estudiantes. Mi tarea consistía en dar color a las gorras y a los cinturones del grupo estudiantil.

En aquella época los estudiantes dictaban la ley en Heidelberg. Aquellos *mensur* constituían otros tantos acontecimientos de los que ellos conservaban, gracias a las fotos, un recuerdo orgulloso.

En cuanto a aquellas fotos, representaban el origen mismo del reportaje trucado tan difundido ahora cuando es preciso, en los semanarios ilustrados del mundo entero. Primera operación (fotográfica): cada participante o cada grupo de participantes, debía ser fotografiado por separado en el estudio. Segunda operación: cada rostro era recortado y pegado sobre la foto de la sala de esgrima vacía. Y, finalmente, el cuadro compuesto era fotografiado y daba la impresión de un furioso desafío, en plena acción. ¡Y qué trabajo para que todas aquellas caras colocadas en el fondo resultasen reales! Con tales piezas sueltas, Langbein obtenía escenas «auténticas» de un realismo indiscutible.

En 1902 entré, en Francfort, en el estudio de Teobaldo, cuya especialidad, sin fondo artístico, era la fotografía militar. El domingo había un lleno, pues el estudio estaba estratégicamente situado enfrente de los cuarteles. Los hijos de Marte, orgullosos de sus nuevas cabezas con el uniforme, se precipitaban allí en masa. Eran clientes que había que cuidar, pero de quienes era preciso también desconfiar, porque al más ligero error, a la menor arruga en el uniforme, blandían sus armas de venganza. Nosotros, semejantes a unos halcones, teníamos que vigilar los detalles más insignificantes. Las fotos en color estuvieron por entonces muy en boga; me permitieron ganar algunos pequeños extraordinarios. El precio de una foto en color estaba fijado en un marco; una semicolorida, es decir, con los contornos alegremente realzados, se pagaba a 50

«pfennings»; tenían que abonar un pequeño suplemento de 30 «pfennings» los que deseaban un toquecito sobre el bigote incipiente. De esa manera, la mitad de mis beneficios iba a parar a mi patrón; la otra mitad, además, también iba a parar a su bolsillo, por la noche, por medio de las cartas.

No me faltaba ambición, y en aquel momento se me metió en la cabeza reformar el arte de la fotografía militar. Hasta entonces los jóvenes guerreros en reposo, con la mirada fija y vidriosa, se dejaban, como suele decirse, sorprender al oír el «tres» por el disparo de la máquina. Hubiérase creído, en verdad, viendo su aire beatífico, que esperaban para tragarse un chorro de groserías lanzado por la boca de un sargento mayor. Mi lema inicial fue éste: «Abandonemos el estilo *recuerdo* de la foto y sustituyámoslo por una “pose” menos convencional». A esto le añadí, en el momento oportuno, el «Sonría» de ritual, que se transforma en las viejas placas en muecas de la época.

Hay que confesarlo todo: mi tentativa fue tan sólo un lamentable fracaso. Cuando rogaba yo a un soldado que colocase con negligencia su rodilla sobre el borde de una silla, la naturalidad era tan perfecta que parecía como si el ejército hubiera alistado cupos enteros de reclutas con piernas de madera.

A comienzos de 1903 abandoné a Teobaldo y encontré una nueva colocación en casa de Tomás Voight, el célebre fotógrafo de la corte imperial, en Hamburgo. ¡Qué renovación en el trabajo! Hamburgo, una de las ciudades costeras más selectas de Alemania, era el lugar predilecto de los ingleses, de los grandes duques rusos, de los príncipes, de los multimillonarios, de los grandes y de los poderosos del mundo entero. Los torneos internacionales de tenis eran siempre un sitio de reunión de caras célebres, gracias a las cuales obtenía yo una buena cosecha.

Entre los excéntricos con quienes tuve contacto en Hamburgo se hallaban el rey de Siam, Chulalongkorn. Te-

nía este pequeño capricho: encargaba sus retratos de tamaño natural, coloridos muy artísticamente. Aquellos cuadros gigantescos eran después embalados en cajas forradas de cinc para ser enviados a Siam. Impasible, Su Majestad pagaba la factura de veintisiete mil marcos oro que le presentábamos.

Mi encuentro con el gran duque ruso Miguel Micaelovitch tuvo un carácter especial. Había yo recibido la orden de fotografiarle. Pero ¡ay!, no conseguí fijarle para la posteridad. En realidad, aquel día Su Alteza Imperial estaba imperialmente borracho, hasta el punto de que, como decimos en términos profesionales, la foto se «desprendió» del clisé. Tomé una docena de «poses», pero en la cámara oscura el revelado dio unos clisés todos idénticos e idénticamente velados.

Las fotos del Kaiser me produjeron grandes emociones. Daba, sin saberlo, mis primeros pasos en la Historia. Era el 5 de noviembre de 1903; mi patrón me había enviado al lugar del encuentro del Kaiser con el zar Nicolás de Rusia, al vetusto castillo de Wiesbaden. El propio señor Voight lo había preparado todo, colocándome en un corredor del castillo para avisarle de la llegada de los personajes. Al principio, esto sucede siempre, no sabe uno cómo pasar ese tiempo de la espera; luego, cuando están allí, las cosas no marchan nunca con bastante rapidez. Nos convertimos en unos instrumentos y, tanto los grandes como los supergrandes de la tierra, se complacen en mostrar odiosamente su impaciencia.

Divisé por fin una cara al final del sombrío corredor; todo lo que podía percibir era una barba y un bigote de puntas levantadas, características del típico Guillermo II. Pero, a medida que se acercaba, descubría yo un hombre con muftí. No, no era el Kaiser, sino Habi, su peluquero personal, que había lanzado la moda del bigote a lo Kaiser en el mundo entero.

Por fin llegó el Kaiser, el verdadero. Guillermo II, coronel honorario de innumerables regimientos extranjeros, quería que le fotografiasen vestido con todos y cada uno de sus uniformes. En un torbellino le vi quitándose un uniforme para ponerse otro, apareciendo sucesivamente como coronel de la Guardia rusa, coronel británico, coronel de los Húsares Reales de Hungría, a caballo, a pie, armado como las comparsas de un baile de trajes. Entre todos aquellos personajes, el húsar húngaro con su emblema, un Atila todo bordado de oro, resultó el más notable. Esa foto, en la que únicamente los bigotes del Kaiser aparecían semejantes a ellos mismos, se hizo más adelante sumamente popular.

Al poco tiempo de eso, el Kaiser pasó unos días en el castillo de Friedrichsruh, cerca de Hamburgo. Averigüé que había accedido a visitar al señor Marx, gobernador de la provincia a quien estimaba mucho. Una buena foto que hacer –me dije.

Coloqué mi máquina frente a la «villa» del señor Marx, sobre un andamio: desde allí podía vigilar el sitio por donde tenía que pasar el Kaiser. A mi alrededor unos veteranos del Ejército, con capote y casco, y un cinturón de color chillón, montaban la guardia. Pese a sus redondeces bien alimentadas, se esforzaban en mantenerse tiesos como estacas. El espectáculo era bastante grotesco.

Mi máquina asomaba por encima del techo brillante de los cascos y yo, encaramado en el andamio, sosteniendo delicadamente la pera de goma entre dos dedos, estaba preparado para abrir el obturador en el instante preciso. Un tonante «¡El Kaiser!» me sobresaltó. El rugido de los vivas aumentaba para saludar su llegada. Tirando al aire sus cascos, los veteranos aclamaban a su señor de la guerra. ¿Y yo? Todo cuanto pude hacer fue la foto de una nube de cascos volando por los aires. Cuando el torbellino se hubo calmado, cesó y se extinguió, no estaba ya el Kaiser ni en carne y hueso, ni tampoco en mis placas.

En otra ocasión tuve más suerte. El Kaiser inspeccionaba Saalburg, viejo castillo románico que él había hecho reconstruir: iba en compañía de su tío el rey Eduardo VII de Inglaterra. La serie de fotos que tomé ese día apareció en los diarios del mundo entero. Una de las mejores placas representaba al Kaiser y a sus hermanas, todos en pie, junto al Daimler de Eduardo VII. El lujo y la elegancia de aquel coche asombraba a toda Alemania; se olvidaban del rostro real. Esto ocurrió, aproximadamente, en la época en que Eduardo apartó de su trato a su arrogante sobrino para firmar la célebre «Entente Cordiale» con Francia.

A Hitler le interesaban siempre las anécdotas de Guillermo II que yo le contaba. Cuando le hablé de esa visita de Eduardo VII:

—Tiene usted que reconocer, Hoffmann —declaró—, que la foto mía después de mi liberación de la fortaleza de Landsberg, yo también en pie junto al «Daimler-Benz», obtuvo la misma acogida por parte de la Prensa mundial. Hay que reconocer que su alcance político no era menor.

Reconozcámoslo: Hitler tenía razón.

Pasé tres años en la casa Voight, trabajando en Hamburgo durante la temporada y en sus estudios de Frankfurt, en invierno. Después marché a Suiza, donde fui durante una temporada consocio del famoso fotógrafo Camilo Ruf, en Zurich.

He admirado mucho a Ruf. Debo decir en honor a la verdad que esa admiración me parece que fue recíproca. En aquella época mi aspiración se limitaba a abrir un estudio por mi cuenta. Ruf me ayudó: me confió la dirección de dos pequeños estudios de importancia secundaria, donde pude obtener provecho y adiestrarme a mi entera satisfacción.

Abandoné Suiza para volver a Múnich. Había ya superado el período profesional y ardía en deseos de ser un artista. Pero intenté en vano que mi padre compartiese mi

punto de vista. Fui autorizado tan sólo a proseguir mis estudios de arte y de pintura hasta donde esos estudios tuvieran una relación directa con la profesión de fotógrafo. Estudié, por tanto, dibujo con el profesor Knirr de Múnich y seguí los cursos de anatomía del profesor Mollier en la Universidad de Múnich. Trabajé incluso una temporada en París bajo la dirección de Reutlinger, el famoso fotógrafo del mundo elegante y frívolo de esas mujeres que tienen fama de bonitas.

En suma, un año de gozo libre, transcurrido el cual tuve que volver a mi profesión. Hasta 1907 no conseguí cruzar la Mancha. Llevaba en el bolsillo unos certificados de primer orden, testimonios válidos de mi talento; y hacía-me la ilusión de que Inglaterra esperaba mi llegada. Había yo tenido el cuidado de hacer traducir al inglés mis cartas de presentación. Pero todos mis papeles me fueron invariablemente devueltos acompañados de unas palabras que yo quería imaginar agradables y de una leve sonrisa correcta y pesarosa. Nadie encontraba manera de utilizar mis aptitudes y mi dinero comenzaba a consumirse cuando surgió la buena suerte. Recibí una mañana una carta de presentación del profesor Emmerich, fundador del Instituto de Investigación y Enseñanza Fotográfica de Múnich, para el fotógrafo más célebre de Inglaterra, E.C. Hope. Este maestro del arte fotográfico me acogió como a un antiguo amigo de familia a la hora del té tradicional; y cuando se marcharon los invitados, Hope me rogó que me quedase.

—¿Cuál es su situación financiera? —me preguntó a modo de entrada en materia. Farfullé. Segunda pregunta más inesperada aún—: ¿Cuánto puede usted pagar? —añadió. ¿Pagar, el qué? A mí, cuyos conocimientos profesionales estaban oficialmente reconocidos, ¿se atrevían a pedirme que pagase para autorizarme a trabajar? Discutí: no se trataba para mí de hacer fotos de aficionado. La fotografía era mi profesión y mi pan cotidiano.